



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 17 de septiembre de 1980

El pecado de "adulterio cometido en el corazón"

1. Durante la última reflexión nos preguntamos que es el "deseo", del que hablaba Cristo en el sermón de la montaña (*Mt 5, 27-28*). Recordemos que hablaba de él refiriéndose al mandamiento "No cometerás adulterio". El mismo "desear" (precisamente "mirar para desear") es definido un "adulterio cometido en el corazón". Esto hace pensar mucho. En las reflexiones precedentes hemos dicho que Cristo, al expresarse de este modo, quería indicar a sus oyentes el alejamiento del significado sponsalicio del cuerpo, que experimenta el hombre (en este caso, el varón) cuando secunda a la concupiscencia de la carne con el acto interior del "deseo". El alejamiento del significado sponsalicio del cuerpo comporta, al mismo tiempo, un conflicto con su dignidad de persona: un auténtico conflicto de conciencia.

Aparece así que el significado bíblico (por lo tanto, también teológico) del "deseo" es diverso del puramente psicológico. El psicólogo describirá el "deseo" como una orientación intensa hacia el objeto, a causa de su valor peculiar: en el caso aquí considerado, por su valor "sexual". Según parece, encontraremos esta definición en la mayor parte de las obras dedicadas a temas similares. Sin embargo, la descripción bíblica, aún sin infravalorar el aspecto psicológico, pone de relieve *sobre todo el ético*, dado que es un valor que queda lesionado. El "deseo", diría, es el engaño del corazón humano en relación a la perenne llamada del hombre y de la mujer —una llamada que fue revelada en el misterio mismo de la creación— a la comunión a través de un don recíproco. Así, pues, cuando Cristo en el sermón de la montaña (*Mt 5, 27-28*), hace referencia al "corazón" o al hombre interior, sus palabras no dejan de estar cargadas de esa verdad acerca del "principio", con las que, respondiendo a los fariseos (Cf. *Mt 19, 8*), había vuelto a plantear todo el problema del hombre, de la mujer y del matrimonio.

2. La llamada perenne, de la que hemos tratado de hacer el análisis siguiendo el libro del Génesis (sobre todo *Gen 2, 23-25*) y, en cierto sentido, la perenne atracción recíproca por parte del hombre hacia la feminidad y por parte de la mujer hacia la masculinidad, es una invitación por medio del cuerpo, pero *no es el deseo* en el sentido de las palabras de Mateo 5, 27-28. El "deseo", como actuación de la concupiscencia de la carne (también y sobre todo en el acto puramente interior), empequeñece el significado de lo que eran —y que substancialmente no dejan de ser— esa invitación y esa recíproca atracción. El eterno "femenino" ("das ewig Weibliche"), así como, por lo demás, el eterno "masculino", incluso en el plano de la historicidad tiende a liberarse de la mera concupiscencia, y busca un puesto de afirmación en el nivel propio del mundo de las personas. De ello da testimonio aquella vergüenza originaria, de la que habla el *Génesis 3*. La dimensión de la intencionalidad de los pensamientos y de los corazones constituye uno de los filones principales de la cultura humana universal. Las palabras de Cristo en el sermón de la montaña confirman precisamente esta dimensión.

3. No obstante, estas palabras expresan claramente que el "deseo" forma parte de la realidad del corazón humano. Cuando afirmamos que *el "deseo"*, con relación a la originaria atracción recíproca de la masculinidad y de la feminidad, representa una "reducción", pensamos en una "*reducción intencional*", como en una restricción que cierra el horizonte de la mente y del corazón. En efecto, una cosa es tener conciencia de que el valor del sexo forma parte de toda la riqueza de valores, con los que el ser femenino se presenta al varón, y otra cosa es "reducir" toda la riqueza personal de la feminidad a ese único valor, es decir, al sexo, como objeto idóneo para la satisfacción de la propia sexualidad. El mismo razonamiento se puede hacer con relación a lo que es la masculinidad para la mujer, aunque las palabras de Mateo 5, 27-28 se refieran directamente sólo a la otra relación. La "reducción" intencional, como se ve, es de naturaleza sobre todo axiológica. Por una parte, la eterna atracción del hombre hacia la feminidad (cf. *Gen 2, 23*) libera en el —o quizá debería liberar— una gama de deseos espirituales-carnales de naturaleza sobre todo personal y "de comunión" (cf. el análisis de "principio"), a los que corresponde una proporcional jerarquía de valores. Por otra parte, el "deseo" *limita* esta gama, *ofuscando* la jerarquía de los valores que marca la atracción perenne de la masculinidad y de la feminidad.

4. El deseo ciertamente hace que en el interior, esto es, en el "corazón", en el horizonte interior del hombre y de la mujer, se ofusque el significado del cuerpo, propio de la persona. La feminidad deja de ser así para la masculinidad sobre todo sujeto; deja de ser un lenguaje específico del espíritu, pierde el carácter de signo. Deja, diría, de llevar en sí el estupendo significado esponsalicio del cuerpo. Deja de estar situado en el contexto de la conciencia y de la experiencia de este significado. El "deseo" que nace de la misma concupiscencia de la carne, desde el primer momento de la existencia en el interior del hombre —de la existencia en su "corazón"—, pasa en cierto sentido junto a este contexto (se podría decir, con una imagen, que pasa sobre las ruinas del significado esponsalicio del cuerpo y de todos sus componentes subjetivos), y en virtud de la propia intencionalidad axiológica tiende directamente a un fin exclusivo: *a satisfacer solamente la necesidad sexual del cuerpo*, como objeto propio.

5. Esta reducción intencional y axiológica puede verificarse, según las palabras de Cristo (cf. *Mt* 5, 27-28), ya en el ámbito de la "mirada" (del "mirar") o más bien, en el ámbito de un acto puramente interior expresado por la mirada. La mirada (o más bien, el "mirar"), en sí misma, es un acto cognoscitivo. Cuando en la estructura interior entra la concupiscencia, la mirada asume un carácter de "conocimiento deseoso". La expresión bíblica "mira para desear" puede indicar tanto un acto cognoscitivo, del que "se sirve" el hombre deseando (es decir, confiriéndole el carácter propio del deseo que tiende hacia un objeto), como un acto cognoscitivo, que suscita el deseo en el otro sujeto y sobre todo en su voluntad y en su "corazón". Como se ve, es posible atribuir una interpretación intencional a un acto interior teniendo presente el uno y el otro polo de la psicología del hombre: el conocimiento o el deseo entendido como *appetitus*. (El *appetitus* es algo más amplio que el "deseo", porque indica todo lo que se manifiesta en el sujeto como "aspiración", y como tal, se orienta siempre hacia un fin, esto es, hacia un objeto conocido bajo el aspecto del valor). Sin embargo, una interpretación adecuada de las palabras de Mateo 5, 27-28 exige que —a través de la intencionalidad propia del conocimiento o del "appetitus"— percibamos algo más, es decir, *la intencionalidad de la existencia misma del hombre en relación con el otro hombre*; en nuestro caso: del hombre en relación con la mujer y de la mujer en relación con el hombre.

Nos convendrá volver sobre este tema. Al finalizar la reflexión de hoy es necesario añadir aún que en ese "deseo", en el "mirar para desear", del que trata el sermón de la montaña, la mujer, para el hombre que "mira" así, deja de existir como sujeto de la eterna atracción y comienza a ser solamente objeto de concupiscencia carnal. A esto va unido el profundo alejamiento interno del significado esponsalicio del cuerpo, del que hemos hablado ya en la reflexión

Saludos

Saludo con afecto al grupo de sacerdotes de la Diócesis de Lugo (España), que este año celebran el veinticinco aniversario de su ordenación sacerdotal, y que han venido en peregrinación a Roma, acompañados de sus familiares, condiscípulos y amigos, para testimoniar su fidelidad a Cristo, a la Iglesia y al Sucesor de Pedro.

Al unirme con vosotros en la acción de gracias al Señor por los frutos de vuestro ministerio sacerdotal, os invito a perseverar en la misión de edificar la Iglesia de Cristo, en perfecta comunión con el Obispo y la Comunidad eclesial.

Invocando sobre vosotros y el pueblo de Dios que tenéis confiado la constantemente asistencia divina, os imparto de corazón la bendición apostólica.

(Asociación cultural japonesa de Osaka)

Me proporciona placer especial saludar a los miembros de la Asociación cultural japonesa de

Osaka. Habéis venido a dar una prueba más del amor que ha tenido siempre el pueblo japonés a lo largo de la historia, por el arte y su expresión musical. Por la música el corazón se levanta al Creador de todas las cosas y, por ello, no es de extrañar que la música se fomente e impulse en los templos de vuestro país. Gracias de vuestra visita y Dios bendiga a Japón entero.

(En alemán)

Quisiera añadir un saludo especial para dos grupos muy numerosos.

En primer lugar doy la bienvenida a los peregrinos de la diócesis de Tréveris. Está con vosotros vuestro benemérito Pastor que ha regido la diócesis durante trece años con sabiduría y magnanimidad; y sigue gobernándola por un deseo expreso mío, hasta que se encuentre otra persona para el ministerio episcopal, y se la elija y nombre.

El segundo grupo lo forma la peregrinación a Roma de las mujeres de Acción Católica de la diócesis de Münster. Después de haber meditado y orado en un lugar de tantas gracias como es Lourdes, visitáis aquí las tumbas de Pedro y Pablo, y hacéis la experiencia de la pluralidad dentro de la unión, de la Iglesia universal, de modo muy impresionante.

A los dos grupos aconsejo:

Aprovechad la circunstancia de esta peregrinación para robustecer la fe y renovar el gozo de pertenecer a la Iglesia de Jesucristo.

(A una peregrinación de la diócesis de Adria-Rovigo)

Vaya ahora un saludo y una felicitación a los componentes de la peregrinación de la diócesis de Adria-Rovigo, que están presentes en gran número con su obispo.

Hijos queridísimos: Valga una sola palabra por todas las que tengo en el corazón para vosotros, y es ésta: Sabed encontrar en la Iglesia que os educa a los valores del espíritu y os atiende en vuestro camino de fe, la fuerza que haga buena, activa y alegre vuestra vida. Para ello os sirva de ayuda la bendición especial que imparto con sumo gusto a vosotros y vuestros seres queridos.

(A los "Grupos de oración del padre Pío")

Deseo saludar con mucha cordialidad a los "Grupos de oración del padre Pío", que están reunidos en su congreso nacional en Roma estos días.

A vosotros, hermanos y hermanas queridísimos, va mi aprecio por vuestra presencia, con la que os proponéis reafirmar la fe sólida en Cristo, la devoción filial a la Virgen y la fidelidad leal a la

Iglesia, al Papa y los obispos; y queréis también reiterar vuestro empeño de conversión interior, oración, penitencia y caridad efectiva con los hermanos necesitados.

Junto con vosotros, saludo a los representantes de la "Unión mariana nacional" y a todos los demás grupos marianos aquí presentes. A la vez que os exhorto a vivir una piedad mariana cada vez más honda y auténtica, os bendigo de corazón y también a vuestras familias.

(A los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados)

Ahora es el momento de dirigir mi saludo y estímulo a todos *los jóvenes y las jóvenes* aquí presentes. Queridos míos: El tiempo de las vacaciones veraniegas toca a su fin y muchos estáis a punto de volver a las clases. Sed alumnos diligentes y disciplinados, sed estudiantes llenos de responsabilidad en vuestro trabajo, que es de gran valor pues prepara a la vida.

Pero al mismo tiempo os exhorto a no perder jamás de vista otra escuela y otro maestro; una escuela que es para todos y todos los días, un maestro que es el más competente y persuasivo. Lo habéis entendido: es la escuela de las cosas necesarias para el alma, es la instrucción religiosa, es la profundización de la fe; y el maestro es Jesús, que habla por medio del Evangelio, por medio de la Iglesia, por medio de los padres, los educadores y los sacerdotes. Que la luz del saber humano crezca en vuestra mente; pero crezca también en vuestra alma la luz de Dios, es decir, la fe, que es ciencia de vida. Con estas recomendaciones y deseos ruego por vosotros, queridos jóvenes, y os bendigo con vivo afecto.

A vosotros, queridísimos *enfermos*, una palabra de cariño especial porque quienes sufren son siempre objeto de predilección de parte de Dios. No hay duda de que vuestra situación no es fácil ni alegre humanamente. Pero también Jesús ha vivido la historia del sufrimiento; y con Jesús igualmente María, como nos lo ha recordado estos días la sagrada liturgia con las dos fiestas de la Exaltación de la Cruz y la Dolorosa. Que Jesús y María, juntos en la obra de la redención y juntos ofreciendo a la humanidad los frutos de su sufrimiento, estén con vosotros en el camino de la cruz, para ayudaros en vuestros propósitos generosos, consolaros y sosteneros.

También yo estoy con vosotros con mi oración y mi bendición.

Vaya igualmente un saludo especial a los *recién casados*, con el augurio de una convivencia serena, generosa y virtuosa. Pero debo daros las gracias muy sinceramente por esta presencia vuestra que equivale a un verdadero acto de fe y merece alabanza porque revela los buenos sentimientos que hay en vosotros.

Lo que deseo recomendaros especialmente es que mantengáis vivo el pensamiento de Dios, sosteniéndolo con la práctica religiosa constante. Que vuestra nueva familia esté siempre abierta hacia lo alto, unida siempre al Señor. Así no envejecerá vuestro amor, sino que se mantendrá

perpetuamente fuerte y profundo y lleno de comprensión. Para vosotros mi oración y mi bendición.

Copyright © Libreria Editrice Vaticana

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana